

## **Domingo XXVII. Año C**

### **Lectio divina sobre Lc 17,5-10**

---

Es de agradecer que Lucas nos haya recordado este episodio: los discípulos de Jesús se le acercan reconociendo la debilidad de su fe. Sin motivo previo, la confesión es inesperada. Sin sorprenderse ni recriminarlos, Jesús aprovecha la ocasión para instruirles sobre el enorme poder con que cuenta el hombre que confía en Dios. Por pequeña que sea, la fe es capaz de realizar lo imposible. Las imágenes que emplea Jesús son fuertes: podría enraizarse en la mar quien basara su existencia en Dios. Con la parábola como comentario, Jesús ayuda a entender en qué consiste la fe que pide de los suyos; no se trata de creer lo nunca visto ni de afirmar lo no experimentado; la fe consiste en mantenerse atento y obediente.

La fuerza del creyente reside en una obediencia total, servil, porque renuncia al salario, al reconocimiento por parte del dueño. No sólo hay que prescindir de cualquier otro señor, habrá que desistir de soñar con recompensas. A quien debe obediencia no se le debe gratitud. Quien cree en Dios hasta poder hacer su voluntad sin pensar en recompensas debidas, crea a su alrededor lo imposible. La fe que quisiera Jesús para los suyos se alimenta del pequeños, pero constantes, servicios a Dios. Esa es la fe que Jesús quisiera para cuantos le piden que se la aumente. Sabiendo lo que nos pide Jesús, ¿seguimos dispuestos a pedirle más fe?

---

**En aquel tiempo, <sup>5</sup>los apóstoles le pidieron al Señor:**

**«Aumentanos la fe.»**

**<sup>6</sup>El Señor contestó:**

**«Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate de raíz y plántate en el mar." Y os obedecería.**

**<sup>7</sup>Suponed que un criado vuestro trabaja como labrador o como pastor; cuando vuelve del campo, ¿quién de vosotros le dice: "En seguida, ven y ponte a la mesa"?**

**<sup>8</sup>¿No le diréis: "Prepárame de cenar, ciñete y sírveme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú"? <sup>9</sup>¿Tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado?**

**<sup>10</sup>Lo mismo vosotros: Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: "Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer."**

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

El texto pertenece a una breve instrucción de Jesús sobre la vida común. Dirigiéndose a los apóstoles (Lc 17,1), les ha advertido que no escandalicen a los hermanos más débiles (Lc 17,1-3a) y les ha exhortado a perdonar sin límite a quien los haya ofendido (Lc 17,3b-4). Es precisamente esta imposición del perdón fraterno lo que provoca en los apóstoles el deseo de un aumento de fe. Frente a una exigencia tan poco lógica, tan exorbitada (¡hay que perdonar al que ha pecado siete veces en un solo día contra uno..., si pide perdón otras tantas veces!), es normal que los apóstoles reconozcan que andan escasos de fe (Lc 17,5). Perdonar al ofensor que pide perdón exige confianza. Y siempre parece mayor la ofensa que la capacidad de confiar en el ofensor. Hay que advertir la 'novedad' del concepto de fe que subyace a la petición apostólica: el ofendido cree en Dios si, y cuando, logra perdonar a su ofensor.

La respuesta de Jesús pasa por alto esta concepción del perdón debido como ejercicio de fe. Se centra en la fuerza de la fe, no en sus efectos. Jesús ha acertado, con pocas palabras, a crear un poderoso símil: bastaría a la fe tener el tamaño de una de las más pequeñas semillas para transplantar moreras en el mar. Sólo con un mínimo de fe se lograría lo imposible, reforestar la mar (Lc 17,6).

Para dar fundamento y explicar el símil recurre a otro más elaborado, pero que no se aviene muy bien al tema de fe; pues no habla, expresamente, de creer, poco o mucho, sino de servir siempre (Lc 17,7-10). El siervo, incluso cuando hace lo que se le ha mandado, no logra verse libre de seguir sirviendo a su amo. A servicio cumplido no sigue recompensa completa, sino nuevas órdenes que cumplir. El amo no tiene que nada que agradecer por ser servido siempre y en primer lugar.

Para captar el sentido de la parábola hay que tener en cuenta, además de su motivo (la extraordinaria potencia de una mínima fe), el protagonista (el criado que ha de servir sin esperar reconocimiento ni salario). Cuando haga todo lo que se pide de él, y aquí, en concreto, es el perdón del hermano que pone a prueba la fe personal, no dejará de ser lo que es, un pobre siervo que hace lo que tiene que hacer.

Así entendida, la catequesis de Jesús indica, no con claridad meridiana, que para vivir en común hay que estar dispuesto a perdonar siempre, que el perdón debido al hermano requiere siempre más fe de la que se tiene, que la fe es sólo servicio concreto y permanente al Señor, quien no tiene que darnos las gracias, cuando nosotros hacemos lo que nos manda porque somos lo que somos, siervos inútiles.

#### **II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

¿No nos llama la atención que un día los apóstoles le pidieran a Jesús que les aumentase la fe? ¿Cómo es posible que quienes lo habían dejado todo por seguirle reconocieran, de repente, que todavía no se fiaban lo suficiente de su Señor? Aquellos hombres, que todos los días compartían vida y suerte con Jesús, lo escuchaban con más frecuencia, le obedecían más radicalmente, se percataron un buen día de que su fe era insuficiente. No siempre – y ese puede ser nuestro caso – ser fieles discípulos lleva a ser mejores creyentes.

Los apóstoles descubrieron la escasez de su fe cuando escucharon que debían perdonar al hermano que les offendía “siete veces al día” (Lc 17,4). No se sintieron capaces de confiar en un Señor que les imponía tamaña obligación, perdonar al ofensor “siete veces en un mismo día”. Con todo resulta aleccionador comprobar cómo su escasa fe no los apartó, ni por un momento, de su Señor: porque seguían a quien no creían del todo, acudieron a él con la petición de que aumentase su confianza. No se defraudaron de sí mismos sólo porque no podían ser mejores creyentes. Y no lo eran, por no poder perdonar. No abandonaron a su Señor con la excusa de que ya no se fiaban de él lo suficiente. Se quedaron con él y le rogaron que acrecentara su fe.

Toda una lección, mejor, un doble lección. Aprendieron, primero, que perdonar al hermano es un ejercicio de fe en Dios. Que el ofensor puede no merecerse el perdón en alguna ocasión, pero Dios se merece siempre nuestra confianza. Que puede perdonar en verdad no quien es reconocido como ofendido y restablece su derecho, sino quien se pone en manos de Dios. Nos sería menos penoso, se nos convertiría en gozo, perdonar a quien nos haya ofendido, si nos entregáramos, confiados, a Dios. No nos faltaría su poder, si lo hubiéramos antes experimentado. Los apóstoles aprendieron, además, que quien es ofendido ‘debe’ su perdón no a su ofensor, sino a su Dios. Perdonar es tarea de creyentes y la fe es relación de confianza con Dios. Si al ofensor le toca pedir perdón, al ofendido le toca confiarse a Dios y conceder su perdón.

Es curioso – y consolador – que Jesús no quedara para nada decepcionado con unos discípulos que le confesaron su poca fe. Les retó, más bien, a que se atrevieran a confiar en su palabra. Con una audaz imagen, Jesús enseñó a sus apóstoles a apoyarse más en la potencia de su fe que en la debilidad constatada de su incredulidad. Muy poca fe les bastaría, les aseguró, para plantar moreras en la mar. Nuestra incredulidad personal, la escasa fe que prestamos a Jesús y a su mensaje, no sería óbice para sentirnos enviados de Cristo a un mundo cada vez menos creyente, si cayéramos en la cuenta de que Jesús sigue contando con nosotros, hombres de poca fe, para convertirnos en sus apóstoles. No hace falta ser un gran creyente, para ser un buen apóstol: basta con tener la fe suficiente para intentar lo imposible. En vez de condenar a sus discípulos por su poca fe, Jesús los animó a valorarla más aludiendo al poder que tienen los que saben tener una fe escasa: quien se fía de Dios no encuentra límites para su fe, aunque su fe tenga un límite. Quien conoce los límites de su fe no está obligado a poner límites a su imaginación: puede intentar lo imposible, quien cuenta con Dios.

A Jesús no le molestó verse acompañado por malos creyentes, hombres de poca fe..., con tal de que se atrevieran a utilizarla. No se sorprende, si descubre que quienes les seguimos, seguimos siendo unos incrédulos. Le sienta mal, eso sí, que sigamos siendo apocados, pusilánimes, inactivos. La poca fe no es excusa válida para no intentar lo imposible, sembrar de moreras el mar. Si es malo tener poca fe, peor aún es no atreverse a vivir de ella. ¿Qué falta todavía a nuestra fe para que sea tan grande como un grano de mostaza?. Si Dios ha puesto a la altura de fe tan pequeña el milagro, ¿por qué en nuestra vida de fe escasean tanto los portentos, las sorpresas, el imposible?

No parece que le preocupara a Jesús que sus más allegados fueran pequeños creyentes. Pero les exigió que su escasa fe fuera fe auténtica, es decir, ciega obediencia. Con el símil del siervo pobre, Jesús explica a sus apóstoles qué tipo de fe espera de ellos. Como el siervo no puede esperar recompensas cuando hace lo que se le ha mandado, así el creyente no debe ilusionar con obtener lo que se le antoje, sólo porque ha obedecido a su señor legítimo. En ello está, posiblemente, el motivo más frecuente por el que nuestra vida, sincera, de fe no logre procurarnos las satisfacciones que esperaríamos. Deseamos de Dios que premie nuestra vida de fe y nuestro servicio, poniéndose a servirnos cuando sentimos cualquier necesidad. El siervo que regresa a casa de su amo, tras haber cumplido con su deber, nos advierte Jesús, sigue siendo siervo. El mandato cumplido no da derecho a un salario ni a un premio. A quien debe obediencia total no se le debe ni sueldo ni reconocimiento. La paga del siervo es tener un señor.

Vivir nuestra relación con Dios como si tuviéramos que ganárnoslo a base de nuestro servicio, prestarle obediencia sólo cuando, o únicamente porque así, esperamos asegurarnos el éxito a nuestras peticiones de ayuda, convertir nuestra vida creyente en una hoja de méritos frente Dios, hacer su voluntad para luego creernos que debe hacer la nuestra, significa no tener fe, ni mucha ni poca. Jesús soporta la poca fe de los suyos, pero no su falta, la desobediencia. Jesús nos advierte hoy, como hizo un día con sus apóstoles, que cuando deseamos algo de él no se fijará en si nuestra fe es pequeña o grande, mirará si tenemos fe, es decir, si vivimos en su presencia como el siervo en casa de su señor, haciendo lo que tenemos que hacer.

La fe, que es obediencia, nos salva, pues, de la impotencia sin tener que obligarnos a ser grandes creyentes. La obediencia de la fe nos hace reconocer nuestra pequeñez sin dejarnos caer en la desilusión. No presenciamos, no actuamos milagros hoy, no porque no tengamos suficiente fe en Dios, sino porque no le somos suficientemente siervos. Puesto que queremos ser sus apóstoles, pidamos al Señor una fe que, por pequeña que sea, nos haga sus siervos: como María, la sierva del Señor, experimentaremos lo imposible, cuando empecemos a servir a Dios. Si no nos exige mucha fe, tengámosle más confianza y sirvámosle mejor.